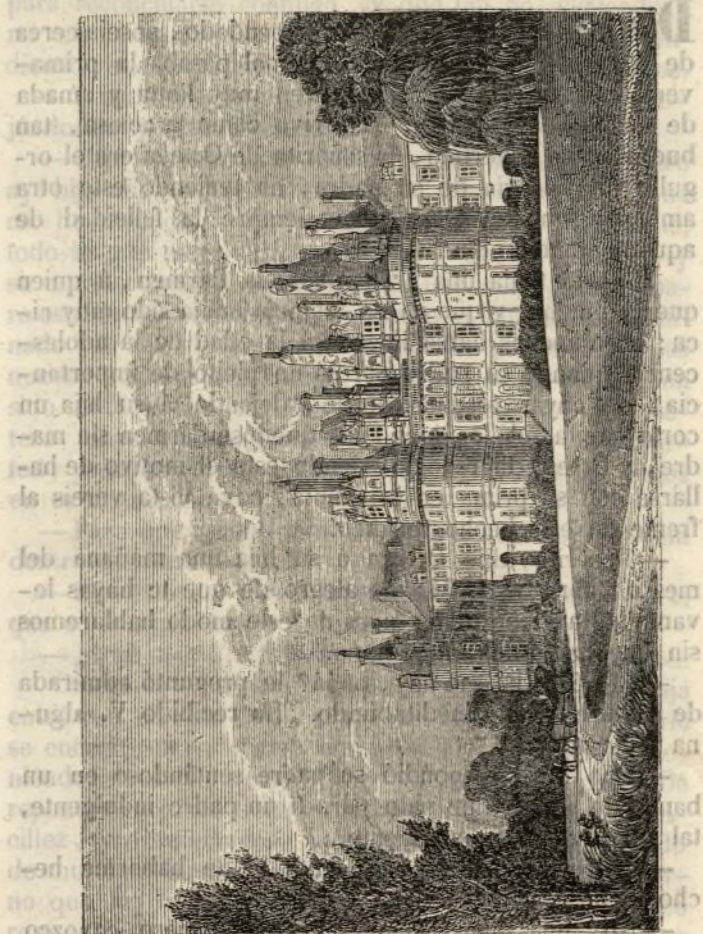


UN REMORDIMIENTO



que he hecho mal en tratar con tanto rigor á tu pobre hermana. Concede tu sorpresa al verme tomar la iniciativa en un asunto acerca del cual me he obstinado en no hablar. Pero durante la dolorosa enfermedad que

UN REMORDIMIENTO.

DON JOSÉ MARÍA ORTEGA, rico hacendado, poseía cerca de Albacete una quinta, en la cual pasaba la primavera con su hija Rosario, jóven muy linda y amada de cuantos la trataban. Tan viva como graciosa, tan buena como divertida, la señorita de Ortega era el orgullo y la alegría de su padre, no teniendo este otra ambición que asegurar para siempre la felicidad de aquella amable niña.

Rosario tenía una prima llamada Cármen, á quien quería mucho, y que en su infancia había sido muy rica; pero apenas había llegado á la edad de la adolescencia cuando su padre perdió un pleito de importancia, de cuyas resultas murió, dejando á su hija un corto caudal. A los doce años quedóse Cármen sin madre, y Ortega la recogió, siendo este el motivo de hallarse con su prima en la quinta, cuya vista vereis al frente de este hecho verídico.

—Rosarito, dijo Ortega á su hija una mañana del mes de abril de 1834; me alegro de que te hayas levantado tan temprano, pues de este modo hablaremos sin que nadie nos interrumpa.

—¿Qué es lo que hay, papá? le preguntó admirada de su aire sério y meditabundo. ¿Ha recibido V. alguna mala noticia?

—Hija mía, respondió su padre sentándose en un banco de piedra; he sido para tí un padre indulgente, tal vez demasiado indulgente....

—Padre mío, no se arrepienta V. de haberme hecho dichosa.

—No, hija mía, no me arrepiento; pero conozco que he hecho mal en tratar con tanto rigor á tu pobre hermana.... Concibo tu sorpresa al verme tomar la iniciativa en un asunto acerca del cual me he obstinado en no hablar. Pero durante la dolorosa enfermedad que

me puso este invierno á las puertas de la muerte, reflexioné profundamente, y creo que por un orgullo falso he rechazado todas las gestiones que Nicolasa ha hecho para reconciliarse conmigo, y que me he castigado á mí mismo tratándola con tanta severidad. En fin, no pudiendo resistir mi inquietud escribí á los Estados Unidos.

—Y nada me ha dicho V.! exclamó la jóven arrojándose al cuello de su padre.

—Quería prepararte una sorpresa agradable; pero ay! hija mia, no se han realizado mis deseos. En vano me he dirigido á las principales casas de comercio; todo lo que he podido averiguar es que tu hermana y su marido dejaron á Nueva York hay muchos años para establecerse en Baltimore; pero que habiéndose arruinado por no sé que quiebras, habian partido para las nuevas colonias del O. Sin embargo, hasta el dia han sido inútiles mis pesquisas.... No estrañes pues mi tristeza, pues aunque Nicolasa se casó contra mi voluntad, ya la he perdonado interiormente.... Mas pensemos en tu matrimonio.

—Para qué, padre mio, si no ha de verificarse hasta dentro de unos meses?

—Eduardo ha vuelto á Albacete mas pronto de lo que se le esperaba, y hoy debe venir á la quinta.

—¿Qué dice V.? Eduardo está de vuelta! que gusto!.

Ortega se sonrió, y cogiendo del brazo á su hija entró con ella en casa, y despues de almorzar Rosario se encerró en su cuarto con el objeto de vestirse, poniéndose sus mejores trajes y sus mas ricas joyas. De repente se acordó de que á Eduardo le gustaba la sencillez, y desnudándose apresurada se puso un vestido de muselina blanca, sin dejar en sus cabellos otro adorno que los bucles que caian sobre su lindo y fresco rostro. Entonces se miró al espejo, y le pareció que ya no tenia que temer la crítica de Eduardo.

A poco llegó este con varias personas que debian pasar el dia en la quinta de Ortega, y despues de correr por el campo y saltar y brincar en el jardin, todos

acudieron al comedor llamados por el dueño de la hacienda. Cuál no fué la sorpresa de las jóvenes al ver sobre un sofá un cofrecito que contenia los regalos de boda! Todas se arrojaron sobre el cofre, y sacando los objetos que encerraba, una se ponía una pulsera de brillantes, otra se probaba un sombrero, esta se envolvía en un chal, aquella se abanicaba con uno que habia costado mas quizá de lo que necesita una familia honrada para mantenerse un año!

De pronto oyeron la voz de una pobre que pedia limosna, y cuyo rostro era tan lívido, que solo su vista inspiraba compasion. Por un movimiento maquinal todas las jóvenes miraron en torno suyo como si buscasen sus bolsillos; pero aunque habia allí grandes riquezas, ninguna tenia dinero.

La pobre mujer no se movia, parecia impasible, y tenia fija la vista en un collar de esmeraldas que Carmen habia puesto á su prima. Rosario se figuró que la pobre, á quien veian desde una ventana que daba al camino, abrigaba malos pensamientos, y ligera como el rayo cerró la ventana de un portazo.

A poco se sentaron á la mesa todos los convidados, y por la noche tuvieron baile, con gran alegría de Rosario que era muy aficionada á este ejercicio, tan seductor como provechoso cuando no se abusa de él. Concluido el baile, como la quinta se hallaba á muy poca distancia de Albacete, todo el mundo se volvió á la capital, á escepcion de Carmen y Eduardo que no pensaba abandonar la quinta hasta la mañana siguiente.

Serían las once de la noche cuando Rosario Ortega, que acababa de acostarse, oyó un rumor extraño á aquellas horas. Llena de sobresalto, se vistió de prisa, dejó su habitacion, y se encaminó al cuarto de su padre; pero Eduardo la salió al encuentro, suplicándole no penetrase en él. Esto aumentó sus temores, y haciendo un esfuerzo, se escapó de los brazos de Eduardo y se precipitó en la sala, en la cual estaba tendido su padre sobre un canapé, sin dar señales de vida.

La desgraciada jóven se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su padre, y lo abrazó convulsivamente. Al estrechar las manos del anciano en las suyas vió que sus dedos crispados apretaban un papel que Cármén se apresuró á recoger para que no lo leyese su prima.

—Cármén, dame ese papel.

La jóven se disponia á rasgarlo cuando Rosario, que queria penetrar aquel misterio á toda costa, se lo arrebató, y leyendo el sobre vió que era para su padre y de letra de su hermana.

—Nicolasa! dijo Rosario, dirigiéndose á Eduardo y á Cármén; ¿dónde está mi hermana?

—No la volverás á ver, respondió su prometido con voz triste.

—¿Ha muerto tambien? exclamó dejándose caer sobre una silla.... Y sin duda esta noticia ha matado á mi padre!... Tal vez haya muerto pobre, miserable....

—Oh! sí, muy miserable! dijo Eduardo.

—¿Y en qué pais?... Oh! hablad; ¿no veis que la incertidumbre es para mí en estos momentos mucho mas cruel que la muerte?

Cármén no quiso prolongar la agonía de su prima, y la dijo que viéndose la espatriada viuda y sin recursos para educar á sus hijos, los confió á una amiga, y habiendo encontrado quien la trajese á España de caridad, se embarcó con el objeto de implorar de nuevo el perdon de su padre. Cuando supo que éste se hallaba en una quinta que habia comprado en la provincia de Albacete, se dirigió á ella; y allí, ó por mejor decir, en un pueblecillo inmediato habia muerto de necesidad. El cura que la auxilió la encontró entre otros papeles una carta con el sobre para Don José María Ortega, la envió á éste, y sobrecogido el anciano al saber la muerte de su hija, acababa de sucumbir de resultas de un súbito ataque de apoplejía.

Rosario oyó todo esto con suma ansiedad, y cuando Cármén terminó su triste relato, entre lágrimas y sollozos exclamó con voz dolorida:

«Dios mio! sin duda era la pobre que esta tarde nos pidió limosna: yo la cerré la ventana, y quizá me haya maldecido en su última hora!...»

Al pronunciar estas últimas palabras temblaban sus labios; un frio mortal recorría todo su cuerpo, y sus ojos no distinguían los objetos. A poco la abandonaron sus facultades, nada vió ni oyó; y al salir de aquel desmayo se le declaró una violenta calentura acompañada de un fuerte delirio.


Un mes despues de estos sucesos, la señorita de Ortega se levantó por primera vez de su lecho, y su cuerpo estaba tan flaco, tan pálido su rostro, que solo parecia una sombra de sí misma. Sin embargo, aunque con trabajo pudo escribir la siguiente carta.

«Mi apreciable Eduardo, y tú, mi querida Cármen, ya que habeis sido tan buenos para conmigo, yo quiero asegurar vuestra dicha. Eduardo, mi corazon ha sufrido mucho, y está muy abatido para que su ternura pueda hacerte feliz; te cedo pues á otra, te cedo á Cármen, que labrará tu dicha, estando segura de que tambien tú la harás venturosa. Adios, amigo mio, Adios para siempre.

Te aprecia muy mucho

ROSARIO ORTEGA.»

Cuando acabó de escribir la infortunada jóven, rompió á llorar, y en seguida se ocupó en asegurar una fortuna á su prima. Esta la rehusó al principio, y no consintió en casarse con Eduardo Espinosa hasta muchos años despues que uno y otro se convencieron de que su matrimonio lejos de causar ningun sentimiento á Rosario, sería para ella por el contrario un verdadero consuelo. En efecto, retirada en el reino de Murcia, en esa misma hacienda donde habia sido tan feliz cuando niña, la señorita de Ortega encuentra en el afecto y la dicha de sus sobrinas, las hijas de Nicolasa, á quienes hizo traer de los Estados Unidos, algun alivio al remordimiento que por tanto tiempo ha desgarrado su corazon.



TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

SEGUNDA PARTE.

VIII.

Resultados de una torpeza.

Como de costumbre me encontraba al día siguiente muy tranquilo en mi trastienda, ocupado en conversar con mi mortero, y Pistolilla se había ido no sé á donde.

De repente se para mi brazo en su va y viene, pues acababa de oír un tumulto de voces chillonas cuyos acentos me habían sobrecogido; luego hubo recriminaciones, invectivas y amenazas. Saco la cabeza por un ventanillo, y descubro en el umbral de la puerta entre una porción de gente al señor Borrachon disputando con la vieja de la víspera, la cual hablaba nada menos que de sacarle los ojos. Al momento me conoce y me señala con el dedo á mi irritado principal: este, al ver el gesto indicador de su antagonista, avanza hácia mí, con su gorra de piel de gato echada la oreja, y se puso á reprenderme agriamente como causa que era de la borrasca que sufría en aquel momento delante de todas las comadres de la vecindad.

Luego entramos en explicaciones, y ay de mí! yo era el único culpable en este negocio por haber dado una dosis de *coloquintida* en vez de *cachunde* que es su antídoto. La aplicacion de este remedio habia producido pues un efecto contrario, y el enfermo, que era un barbero, acababa de pasar una noche de perros con las consecuencias que adivinarán VV.

Por mas esfuerzos que hice para conseguir probar que era fácil engañarse, y que hubiera sucedido lo

mismo á cualquiera otro, me presentaron razones muy justas, y lleno de confusion y vergüenza tuve que confesar no sabia leer.

Al oir semejante confesion se enfureció terriblemente el señor Borrachon, no solo contra mí, sino contra mi padrino, á quien mandó á todos los diablos porque le habia hecho semejante regalo.

Al instante me intimaron la despedida, y ocho dias despues de aquella escena, durante los cuales me ocupé en pasear las calles, encontré mesa y habitacion en casa de un nuevo amo gracias á la recomendacion del buen Pistolilla.

XI.

Fabrico pajuelas y sigo haciendo tonterias.

Entré en casa de un fabricante de pajuelas con la obligacion de llevarlas de una parte á otra, y si he de hablar francamente, mi nuevo empleo me gustaba mas que el primero, de suerte que apenas empecé á trabajar me dije: «esto es lo que yo necesitaba; dónde demonios tenia la cabeza mi padrino cuando pensó hacerme vendedor de drogas?... mi destino era venir á esta casa.»

Loca presuncion! tampoco fuí dichoso en ella. Si me hubieran dejado esclusivamente cortar cáñamo y derretir azufre, tal vez hubiera sido un oficial escelente, pues ya lo hacia á las mil maravillas; mas raton que solo tiene un agujero pronto cae en el garguero (se entien-de del gato), y cuando me quisieron emplear en otras cosas, todo se lo llevó ta trampa.

En efecto, encargado en ir á recoger los envios ó á llevar los pedidos á casa de varios tenderos, me sucedia con frecuencia, aunque los paquetes tenian sus respectivas señas, entregar al Sr. Juan lo que era del Sr. Pedro, hasta que mi fabricante, á pesar de su calma habitual, se cansó de mí y me dió las gracias del modo mas político del mundo.

X.

Magnífica resolución.

Gracias á aquel segundo puntapie de la fortuna, formé el proyecto de cruzar los mares é ir en busca de mi caro padre el Sr. Troton.

«Y bien, pensé, puesto que no soy bueno para manejar drogas, ni para servir á un fabricante de pajuelas, vámonos á un pais donde solo son menester brazos robustos para ganar la vida... Y por otra parte, si no trabajo, allí tengo un tio y un padre que se guardarán muy bien de dejarme morir de hambre.»

Esto es lo que se me ocurrió, y desde aquel instante solo pensé en los medios de realizar mi sueño: cómo lo logré?... Esta es la parte mas curiosa de mi historia.

(Se continuará.)

HISTORIA SAGRADA.**REINADO DE JUDA.**

I.

Manasés.

Manasés tenia doce años cuando murió su padre, y se dejó gobernar por hombres impíos que mancharon su corazón y destruyeron en él todo principio de religion y virtud.

Abandonando la obra de Ezequías, persiguió la verdadera religion y estableció de nuevo los altares de los dioses falsos.

Además profanó el templo, colocando en él los ídolos infames que adoraba.

La corte, los grandes, el pueblo, todos se inclina-



ron al mal, y pronto se hizo Judá mas criminal que antes de su conversion.

Los malos no pueden soportar la vista de los hombres virtuosos, y así Manasés persiguió á los fieles, siendo asesinados sin piedad cuantos resistieron sus mandatos.

Únicamente los profetas se atrevieron á amenazar al tirano.

«He aquí las palabras del Señor, decían.

«Estenderé sobre Jerusalem la mano vengadora que ha destruido á Samaria: borraré á Jerusalem de la haz de la tierra como se borra lo escrito en arena, sin que quede el menor vestigio de esa ciudad: entregaré mi pueblo al furor de sus enemigos, y será robado, saqueado, destruido!»

Manasés oía tronar en derredor suyo estas terribles amenazas, pero su corazón permanecía impasible, y en donde quiera que alcanzaba á los profetas, allí les hacia quitar la vida.

Mientras que el pueblo de Judá se entregaba á todos estos desórdenes, sus enemigos, armados por el brazo de Dios, preparaban su ruina.

Asarhadon se habia hecho poderoso, y la ciudad de Babilonia colocada bajo su proteccion, y de la cual era soberano en cierto modo, aumentó sus fuerzas. El desorden á que se hallaba entregado el pueblo de Judá favoreció el designio que hacia tiempo abrigaba de vengar la derrota de su padre.

Manasés, atacado por él, cayó prisionero con algunos oficiales, y el vencedor le condujo cargado de cadenas á la ciudad de Babilonia.

Allí sufrió cuantos ultrages pueden humillar á un esclavo, y este castigo terrible abrió su corazón al arrepentimiento. Alzó los ojos al cielo, imploró al Señor, y aceptó sin murmurar los trabajos que miraba como justo castigo de sus crímenes. El Señor se compadeció de él, porque ¿qué culpable arrepentido no se atrae la clemencia de Dios?

El rey cautivo obtuvo bien pronto su libertad y vol-

vió á sus estados, donde procuró reparar con su celo los males que en otro tiempo habia causado. El templo se abrió de nuevo para los fieles, los cuales creyeron que habian vuelto á los tiempos de Ezequías, y despues de una larga vida, tan llena de crímenes y arrepentimiento, Manasés entregó su alma á Dios.

Por desgracia su hijo Amon conservó el recuerdo de las culpas de su padre, sin imitar el ejemplo de sus últimos años.

Durante los dos primeros de su reinado, fué mas impío, mas malo, mas cruel que ninguno de sus predecesores, de suerte que le dieron de puñaladas en su mismo palacio.

II.

Josias.

Su hijo Josias fué aclamado rey con aplauso de todo Jerusalem.

Este príncipe era el último recurso que el Señor presentaba á su pueblo para aplacar su cólera, pero no supo aprovecharse de él.

Josias encontró el reino de su padre sumido en los desórdenes de la idolatría, é instruido por el santo profeta Eliacin, se dispuso por medio del estudio de la ley sagrada á ejecutar los grandes designios que Dios habia tenido á bien confiarle.

Habia en el reino de Israel muchos pobres campesinos que habian dejado en él para cultivar la tierra. Todos los años volvian á su país algunos cautivos, y despues de la destruccion de Nínive, cuando la corte del imperio de Asiria se estableció en Babilonia, se aumentó su número.

Las miserias de un largo cautiverio habian mudado sus sentimientos, de suerte que les causaba horror el culto de sus padres, y se dedicaron al del verdadero Dios. Con frecuencia iban á Jerusalem con el objeto de orar en el templo, y estas peregrinaciones entablaron relaciones entre ambos pueblos.

El Señor tuvo compasión de esos cautivos, permitiendo que sucediese en medio de ellos uno de esos acaecimientos milagrosos que dando á conocer mas y mas su poder soberano, disponen en favor suyo todos los corazones.

La Media se habia rebelado contra los asirios, y formaba un reino poderoso.

Dejocés, su fundador, y su hijo Arfasad que le sucedió en el trono, lo establecieron sobre bases tan fuertes que pronto hizo temblar á sus antiguos dominadores.

Arfasad resolvió declarar la guerra á los asirios, y fué á poner cerco á Babilonia. Nabucodonosor, que entonces reinaba en la Asiria, dió la batalla á Arfasad, el cual quedó muerto en el combate.

Esta victoria deslumbró al rey de Asiria, quien soñó la conquista del mundo, y quiso hacerse adorar como un Dios. Para realizar este designio envió diputados á todos los pueblos para que les exigiesen entera sumisión á la soberanía de su corona.

Esos diputados, tratados en todas partes con desprecio, volvieron á Nínive cargados de maldiciones.

Nabucodonosor, furioso al ver frustradas sus esperanzas, juró vengarse.

Sus cortesanos le animaron á realizar sus proyectos, adulándole vilmente, y el rey llamó á Holofernes, general de sus ejércitos, para decirle:

«Te he escogido para que vengues las injurias que he recibido: combate por mí, y somete á todos los reinos de occidente.

Pero antes que todo ejecutarás lo que voy á decirte en secreto: destruye todos los dioses de las naciones que vas á someter á mi imperio; que no quede ninguna religion, de cualquiera clase que sea, porque quiero que únicamente me adoren á mí.

Holofernes, que era un hombre cruel, ambicioso, sanguinario, sin fé y sin Dios, era muy á propósito para semejante empresa.

Reunió las tropas y partió con un ejército formida-

ble, apoderándose en poco tiempo de muchas ciudades, y sometiendo á su ley reinos enteros.

El terror que inspiraba era tan grande que los habitantes de las poblaciones huían cuando se acercaba á ellas, ó bien le hacían magníficos recibimientos; á fin de no escitar su cólera.

Peró cuánto más sumisos se mostraban los vencidos, tanto mas bárbaro era él. El saqueo, el asesinato, el incendio iban con él, y destruía las poblaciones, derribaba los altares y exterminaba las gentes.

Pronto llegó á Judá el rumor de sus triunfos, y el pueblo tembló por su suerte; pero en su dolor imploró al cielo. Todo Jerusalem renunció á sus errores pasados é hizo penitencia, ejemplo que siguieron las demás poblaciones, cediendo á las piadosas exhortaciones del gran sacerdote Eliacin.

Todo el pueblo se preparó á defender hasta la muerte el templo del Señor, y Holofernes supo con sorpresa que el pueblo de Israel queria resistirle. Con esto se aumentó su cólera, y profiriendo las blasfemias mas espantosas, decidió destruir á aquel pueblo rebelde.

La primera poblacion que atacó se llamaba Betulia, plaza de poca importancia situada en la cima de un monte escarpado; pero esta posicion la hacia inexpugnable, porque solo podian acercarse á ella por unos desfiladeros estrechos.

El ejército de Holofernes cercó á Betulia, y sus habitantes vieron con terror cuan numeroso y fuerte era.

Conjuraron al Dios de Israel á que fuese misericordioso para con su pueblo, y no le entregase al furor de los impíos.

Así dispuestos armáronse y se apoderaron de todos los desfiladeros de la montaña que conducian hasta ellos.

El general asirio se veía muy apurado, temiendo comprometer la suerte de su ejército si le internaba mas y mas en aquellos senderos peligrosos.

Se hallaba entregado á estos tristes pensamientos

cuando descubrió un acueducto por donde enviaba sus aguas á Betulia un raudal que salia de la montaña. Mandó-le destruir, pensando con razon que aquella obra no habria sido hecha si la ciudad hubiese podido procurarse agua por otro medio, y así esperó que la sed obligaría á los contrarios á rendirse á discrecion.

De resultas de este funesto plan Betulia se vió reducida al último extremo, porque el agua que conducia el acueducto era la única que habia en la plaza.

El pueblo, acosado de la sed, se quejó amargamente, y suplicó á Osías, que era su jefe, implorase la piedad de los enemigos.

«Esperad otros cinco dias mas la misericordia del Señor, dijo Osías; si al cabo de este tiempo no nos ha socorrido, nos rendiremos á los asirios.»

Pero Dios no queria abandonar á su pueblo y preparaba un gran milagro. Queriendo humillar al mas orgulloso de los hombres, eligió á una mujer por instrumento de sus maravillas, y esta mujer se llamaba Judith, de la tribu de Simeon.

III.

Judith y Holofernes.

Judith habia nacido en el cautiverio de Egipto, y reinando Josías habia vuelto á Judá.

Viuda hacia tres años, habia consagrado su vida al Señor, y jóven, bella, rica y piadosa solo pensaba en agradar á Dios.

Por él abandonó el mundo y vivió en el retiro, y allí fué donde supo el convenio que Osías habia hecho con el pueblo. Sobre la marcha fué á prosternarse al pié de los altares, y suplicó al Señor se compadeciese de su pueblo.

«Señor, Dios de mi padre, exclamó, escuchad mi ruego, y prestad á mi debilidad el socorro de vuestro brazo. Nada se hace sin vuestro auxilio, y todo lo que que-reis se ejecuta. ¡Esos bárbaros que nos amenazan se han

atrevido á negar vuestro poder, y han blasfemado contra vuestro santo nombre! Haced que recaiga sobre ellos vuestra indignacion, y que la cabeza de su orgulloso jefe caiga á los golpes de su propia espada.

«Poned en mis ojos miradas que le atraigan y en mi boca palabras encantadoras que le seduzcan. Dad á mi corazon valor para despreciarle, y á mi brazo fuerza para acabar con él. Esta nueva prueba de vuestro poder manifestará á las naciones que solo en vos reside la gloria y la fuerza.»

Después de esta corta oracion, Judith se puso sus mejores vestidos, adornóse con sus joyas mas bellas, y salió de la ciudad con su criada, llevando únicamente algunas provisiones.

Ostías y los jefes del pueblo al ver su extraordinaria belleza, no la hicieron la menor pregunta acerca de sus proyectos, y se contentaron con decirla:

«Id á donde el Señor os envia, y ojalá el Dios de nuestros padres sostenga vuestro valor para que seais el instrumento de nuestra libertad.»

La noche habia llegado, y Judith, seguida de su criada, marchó rápidamente hácia el campo de los enemigos. Al rayar el dia las detuvieron las centinelas avanzadas, preguntándoles á dónde se encaminaban y qué querian.

«Soy una jóven hebrea, dijo Judith, y vengo en busca del gran Holofernes para decirle cómo puede apoderarse de esta plaza rebelde sin que le cueste un solo hombre.»

Los soldados la oian hablar, y no se cansaban de admirar su prodigiosa hermosura.

Holofernes, instruido de lo que pasaba, mandó que le llevasen á Judith, y al verla, el cruel asirio sintió palpar su corazon, y se mostró dispuesto á escucharla favorablemente. La jóven inspirada por el Señor, le prometió conducirle á Jerusalem.

Dios habia derramado tantos encantos sobre Judith, que el bárbaro Holofernes no pudo resistir á sus seduc-

ciones, y suplicó á la bella israelita le aceptase por esposo.

Judith fingió que consentia en semejante union, y una noche Holofernes, transportado de alegría, se sentó á la mesa para tomar su cotidiano alimento. Bebió con tan poca precaucion el vino que Judith le servia, que se embriagó completamente; cerráronse sus ojos, debilitados por el vino, y sus piernas no pudieron sostenerle. Lleváronle á su lecho, embrutecido, sin fuerzas y sin movimiento.

Judith penetró entonces en su tienda, y al ver á aquel bárbaro, á aquel hombre cruel y feroz, á aquel vencedor implacable, á aquel orgulloso impío, tendido delante de ella como una masa inerte, alzó los ojos al cielo, y dijo llorando:

«Señor, Dios de Israel, ya veis á qué peligros me he expuesto por la gloria de vuestro nombre. Habeis prometido defender vuestra santa ciudad de Jerusalem, y yo vengo á recordaros esta promesa. Sostened mi debilidad, ayudadme á consumir lo que no puedo hacer sin vos.»

Dichas estas palabras, Judith se acerca al lecho, coge el sable de Holofernes que estaba colgado en la cabecera; lo saca de la vaina, y cogiendo la cabeza del bárbaro por los cabellos, la derriba á sus pies.

Entonces llama á su criada, y la dice:

«Mira, esta es la cabeza de Holofernes, ponla en un saco, y sígueme.»

La guardia las dejó pasar creyendo iban á orar como tenian de costumbre, y de este modo atravesaron todo el ejército, llegando sin peligro á las puertas de Betulia.

(Se continuará.)